

# Agatha Christie<sup>®</sup>

**EL ESPEJO  
SE RAJÓ  
DE LADO  
A LADO**



# **Agatha Christie**

## El espejo se rajó de lado a lado

Traducción de Alberto Coscarelli



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*The Mirror Crack'd from Side to Side* © 1962 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, MARPLE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved. [www.agathachristie.com](http://www.agathachristie.com)

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

*Agatha Christie*

Traducción de Alberto Coscarelli © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © David Sierra  
Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.971-2022  
ISBN: 978-84-08-26076-9  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# Capítulo 1

Miss Jane Marple estaba sentada junto a la ventana que se abría al jardín, en otros tiempos un motivo de orgullo para su dueña. Ya no era así. Ahora miraba por la ventana y torcía el gesto. Desde hacía algún tiempo le habían prohibido la jardinería activa. Nada de agacharse, cavar o plantar; a lo sumo, podar un poco y sin pasarse. El viejo Laycock venía tres veces por semana y, sin duda, ponía su mejor empeño. Pero eso, que a la vista de los resultados no era mucho, sólo era «lo mejor» según su opinión, y no en la de su patrona. Miss Marple sabía exactamente qué quería que se hiciera y cuándo debía hacerse y, por consiguiente, le daba las debidas instrucciones. Entonces el viejo Laycock desplegaba su particular ingenio, que consistía en un asentimiento entusiasta y en seguir a lo suyo.

—Tiene usted toda la razón, patrona. Pondremos las margaritas allí y los farolillos junto al muro. Como usted dice, será lo primero que haremos la semana que viene.

Las excusas de Laycock siempre eran razonables, y se parecían muchísimo a las del capitán George de *Tres hombres en un bote* para evitar salir a la mar. En el caso del capitán, el viento siempre era desfavorable, ya fuera que soplar se de tierra o de mar, viniera del poco fiable oeste o incluso del todavía más traicionero este. En el caso de Laycock, era el clima demasiado seco, demasiado húmedo, muy lluvioso, con amenaza de helada en el aire, o que alguna otra

cosa de gran importancia debía hacerse primero, por lo general algo relacionado con las coliflores o las coles de Bruselas, que le gustaba plantar en cantidades nada comunes. Los principios de Laycock en materia de jardinería eran sencillos, y ninguna patrona, por muy experta que fuera, le movería de sus trece.

Dichos principios consistían en tomar grandes cantidades de té, dulce y bien cargado, como estímulo al esfuerzo, hacer un diligente barrido de hojas secas durante el otoño y una discreta preparación de los parterres para sus plantas favoritas en verano; sobre todo alteres y salvias, «para hacer bonito», según decía. Era firme partidario de fumigar las rosas para protegerlas de la mosca verde, pese a que tardaba en poner manos a la obra. Y a la exigencia de que cavara surcos bien profundos para los guisantes replicaba que mirase cómo crecían los suyos: una excelente cosecha el año pasado y sin tantas historias ni preparación.

Pero, todo hay que decirlo, apreciaba a sus patronas y atendía a sus caprichos en materia de horticultura (siempre y cuando no involucrase trabajar duro), aunque sabía muy bien que la sal de la vida eran las verduras: una bonita col rizada, unas preciosas acelgas; las flores no eran más que antojos de las señoras que no sabían qué hacer con su tiempo. Aun así, demostraba su comprensión y afecto trayendo los ya mencionados asteres, salvias, lobelias y crisantemos.

—He estado trabajando en las casas nuevas de la urbanización. Quieren tener jardines bonitos, eso es lo que quieren. Tienen más plantas de las que necesitan, así que me he traído unas cuantas, y las he puesto más allá de los rosales viejos, que están algo pachuchos.

Sin dejar de pensar en estas cosas, Miss Marple abandonó la contemplación del jardín y recogió su labor.

Había que enfrentarse a los hechos: St. Mary Mead ya no era el lugar que había sido. En cierto modo, desde luego,

ya nada era como había sido. Se podía culpar a la guerra (a las dos), a la generación más joven, a las mujeres que ahora trabajaban, a la bomba atómica o, sencillamente, al Gobierno, pero lo que de verdad quería decir todo esto era que uno se estaba volviendo viejo. Miss Marple, que era una dama muy sensata, lo sabía realmente bien, sólo que, de una manera extraña, lo notaba más en St. Mary Mead porque había sido su hogar durante mucho tiempo.

St. Mary Mead, el núcleo antiguo, seguía allí. El Blue Boar estaba allí, la iglesia y la vicaría, y el pequeño grupo de casas estilo Reina Ana y georgianas, de las cuales una era la suya. La casa de miss Hartnell todavía estaba allí, y también miss Hartnell, luchando contra el progreso hasta el último aliento. Miss Wetherby había muerto y su casa la habitaban ahora el director del banco y su familia, después de haberla remozado pintando las puertas y ventanas de un azul brillante. Había gente nueva en la mayoría de las viejas casas, pero las casas en sí mismas habían cambiado muy poco de aspecto, porque las personas que las habían comprado lo habían hecho porque les gustaba lo que el agente inmobiliario llamaba «el encanto del viejo mundo». Sólo añadían otro cuarto de baño y se gastaban su buen dinero en cañerías, cocinas eléctricas y lavavajillas.

Pero si las casas continuaban teniendo el mismo aspecto de antes, no podía decirse lo mismo de la calle principal. Si las tiendas cambiaban de manos, era con vistas a una inmediata y despiadada modernización. La pescadería resultaba irreconocible, con unos enormes cristales detrás de los que refulgía el pescado refrigerado. El carnicero continuaba como siempre: la carne buena es carne buena hagan lo que hagan, si tienes dinero para pagarla; si no, te llevas los cortes baratos, los huesos y cosas así. Barnes, el charcutero, seguía allí, como toda la vida, algo que miss Hartnell, Miss Marple y las otras clientas habituales agradecían de corazón. Tan amable, con sillas cómodas donde sentarse

junto al mostrador y tranquilas discusiones sobre la calidad del beicon y las variedades de quesos. Sin embargo, al final de la calle, donde míster Toms había tenido una vez la cestería, se levantaba un resplandeciente y flamante supermercado, anatema para las viejas damas de St. Mary Mead.

—Paquetes de productos que nunca has oído mencionar —exclamaba miss Hartnell—. Todos esos grandes paquetes de cereales, en lugar de prepararle al crío un buen desayuno de huevos con beicon. Y además te espetan que cojas un cesto y te busques tú las cosas. Algunas veces tardas un cuarto de hora en encontrar todo lo que necesitas y, por lo general, nunca es del tamaño adecuado; demasiado grande o demasiado pequeño. Después te toca hacer una cola larguísima a la hora de pagar. Resulta agotador. Desde luego, eso está muy bien para la gente de la urbanización.

En este punto se detuvo.

Porque, como era ahora habitual, la frase se acabó allí. La urbanización y punto, como dirían en términos modernos, tenía una entidad propia y con mayúscula.

Miss Marple soltó una brusca exclamación de enfado. Una vez más se le había escapado un punto, y no sólo eso, sino que se le había escapado hacía rato. Pero no había sido hasta ahora, cuando tenía que menguar para el cuello y contar los puntos, que se apercibió del hecho. Cogió una aguja de recambio, sostuvo el tejido ladeado junto a la luz y lo observó ansiosa. Incluso con las nuevas gafas no le resultaba fácil. Eso se debía, reflexionó, a que obviamente llegaba un momento en el que los oculistas, a pesar de las lujosas salas de espera, los instrumentos modernos, las luces brillantes con que te alumbraban los ojos y los honorarios de escándalo que cobraban, no podían hacer mucho más. Miss Marple recordó con cierta nostalgia lo buena que había sido su vista hasta pocos (bueno, quizá no tan pocos) años

atrás. Desde la ventajosa ubicación de su jardín, tan admirablemente situado que permitía ver todo lo que ocurría en St. Mary Mead, ¡qué poco había escapado a su ojo avizor! Y con la ayuda de los prismáticos (la excusa de observar el vuelo de las aves era tan útil) había visto... Se interrumpió para recordar ahora otros hechos. Ann Protheroe con su vestido de verano, cruzando el jardín de la vicaría. El coronel Protheroe, pobre hombre, era una persona muy cargante y desagradable, pero que lo asesinaran de aquella forma... Meneó la cabeza y pensó en Griselda, la joven y bonita esposa del vicario. La querida Griselda, tan buena amiga, una felicitación navideña todos los años. Su hermoso bebé era ahora un apuesto muchacho con un buen trabajo. Ingeniero o algo así. Siempre había disfrutado mucho desarmando los trenes de juguete. Más allá de la vicaría, había estado la puerta de la valla y el sendero que conducía hasta el prado donde Giles apacentaba las vacas y donde ahora estaba la...

La urbanización.

¿Y por qué no?, se preguntó Miss Marple severamente. Estas cosas tenían que ser así. Las casas eran necesarias, y estaban muy bien hechas, o al menos eso le habían dicho. «Planificación», o como fuera que lo llamaran. Aunque no comprendía por qué a todo tenían que llamarlo Close [claustro]. Aubrey Close, Longwood Close, Grandison Close y todos los demás. No eran claustros ni nada que se les pareciera. Miss Marple sabía muy bien lo que era un claustro. Su tío había sido canónigo en la catedral de Chichester y durante la infancia se había alojado con él en el claustro.

Pasaba lo mismo con Cherry Baker, que siempre llamaba «comedor» a la vieja y abarrotada sala de Miss Marple. La anciana le corregía amablemente: «Es la sala, Cherry», y Cherry, porque era joven y amable, hacía lo posible por recordarlo, aunque era obvio que *sala* le parecía una palabra



ridícula, y *comedor* le salía natural. Sin embargo, últimamente había optado por *recibidor*. A Miss Marple le gustaba mucho Cherry. Su nombre era mistress Baker y venía de la urbanización. Era una más de la legión de jóvenes esposas que compraban en el supermercado y empujaban cochecitos de bebé por las tranquilas calles de St. Mary Mead. Todas eran guapas y elegantes. Se rizaban el pelo. Reían, charlaban y se saludaban las unas a las otras. Eran como una alegre bandada de pájaros. Aunque sus maridos ganaban buenos sueldos, debido a las insidiosas trampas de la venta a plazos a ellas siempre les faltaba dinero, y por eso se empleaban como asistentes o cocineras. Cherry era una cocinera rápida y eficaz, tenía cabeza, tomaba los recados telefónicos correctamente y no se le pasaban por alto los errores en las cuentas de los proveedores. No era muy dada a darles la vuelta a los colchones y, en cuanto a lo de fregar platos, Miss Marple desviaba la mirada cuando pasaba por delante de la cocina, para no ver el método de Cherry, que consistía en meterlo todo en el fregadero y rociarlo con litros de detergente. A la chita callando, Miss Marple había retirado de la circulación el viejo juego de té de porcelana de Worcester y lo había guardado en un armario, del cual sólo lo sacaba en ocasiones especiales. En su lugar, había comprado un servicio moderno con un dibujo gris pálido sobre fondo blanco, sin dorados que pudieran desaparecer en el fregadero.

Qué diferente había sido todo en el pasado. La fiel Florence, una criada que era una sargenta, y también Amy, Clara y Alice, las «guapas doncellas» que venían del orfanato St. Faith para ser «enseñadas» y que, después, conseguían trabajos mejor pagados en alguna otra parte. Algunas de ellas eran bastante tontas, con frecuencia gangosas, y Amy era claramente idiota. Cotilleaban con las otras criadas del pueblo y salían con el ayudante del pescadero, el aprendiz de jardinero de alguna de las

fincas o alguno de los numerosos asistentes de míster Barnes. Miss Marple las recordó con afecto, pensando en todos los abriguitos de lana que había tejido para sus retoños. Ninguna había sido muy buena con el teléfono, y desconocían la aritmética. En cambio, sabían lavar y hacer las camas. Tenían oficio más que educación. Resultaba curioso que hoy en día fueran las jóvenes educadas quienes se encargasen de las tareas domésticas: estudiantes extranjeras, *au pairs*, estudiantes universitarias de vacaciones, jóvenes casadas como Cherry Baker, que vivían en los falsos claustros de las nuevas urbanizaciones.

Desde luego, todavía quedaban personas como miss Knight. Este último pensamiento surgió bruscamente cuando los pasos de miss Knight por encima de su cabeza hicieron tintinear los colgantes del candelabro sobre la repisa de la chimenea. Miss Knight se había levantado de su siesta y ahora se disponía a salir para su paseo de la tarde. En cualquier momento entraría para preguntarle si necesitaba algo del pueblo. Pensar en miss Knight le produjo la misma reacción de siempre. Por supuesto, había sido un gesto de generosidad por parte de su querido Raymond (su sobrino), y nadie podía ser más amable que miss Knight, y, desde luego, el ataque de bronquitis la había dejado muy débil. El doctor Haydock había dicho tajantemente que no podía continuar durmiendo sola en la casa sin alguien que viniera todos los días, aunque aquí ella se detuvo. Porque de nada servía desear que hubiera sido cualquier otra persona en lugar de miss Knight, ya que las ancianas no tenían mucho en donde elegir. Las fieles criadas habían pasado de moda. Si estabas verdaderamente enferma podías conseguir una enfermera a alto precio y con muchas dificultades, o podías ir a un hospital. Pero en cuanto pasaba la fase crítica de la enfermedad, acababas en manos de la miss Knight de turno.

En realidad, no había nada malo en las miss Knight de

turno, excepto el hecho de que sacaban de sus casillas al más pintado. Estaban llenas de bondad, dispuestas a sentir afecto hacia las personas a su cargo, a seguirles la corriente, a mostrarse vivarachas y alegres con ellas, y, en general, tratarlas como niños ligeramente retrasados.

«Pero yo —se dijo Miss Marple—, aunque sea vieja, no soy una retrasada mental.»

En aquel instante, miss Knight irrumpió en la habitación con una expresión radiante y la respiración agitada, como era su costumbre. Se trataba de una mujer grande y un tanto obesa, de unos cincuenta y tantos años, con el pelo amarillo ceniciento muy bien peinado, gafas, una nariz larga y afilada y una barbilla débil.

—¡Aquí estamos! —exclamó con un fervoroso bullicio destinado a alegrar y revivir el triste ocaso de la vejez—. Espero que hayamos dormido la siesta.

—Yo he estado haciendo calceta —replicó Miss Marple con un cierto énfasis en el pronombre, y añadió, confesando su disgusto y vergüenza—: Se me ha escapado un punto.

—Vaya, vaya. Lo solucionaremos ahora mismo, ¿a que sí?

—Usted lo arreglará. Yo soy incapaz de hacerlo.

La leve acritud de su tono pasó totalmente desapercibida. Miss Knight, como siempre, estaba ansiosa por ayudar.

—Ya está —anunció después de un par de minutos—. Aquí tiene, querida. Ahora está bien.

Aunque Miss Marple no tenía inconveniente alguno en que la llamaran «querida» (e incluso «guapa») la verdulera o la dependienta de la papelería, le irritaba muchísimo que miss Knight la llamara «querida». Otra de esas cosas que las damas mayores tenían que aguantar. Le dio las gracias a miss Knight con mucha cortesía.

—Ya estoy lista para dar mi paseíto —señaló la mujer con muy buen humor—. No tardaré mucho.

—Por favor, no se dé prisa en volver —manifestó Miss Marple cortés y sinceramente.

—No me gusta dejarla sola demasiado tiempo, querida. Podría deprimirse.

—Le aseguro que estoy muy contenta. Probablemente —Miss Marple cerró los ojos— echaré una cabezadita.

—Eso está muy bien, querida. ¿Necesita que le traiga algo?

Miss Marple abrió los ojos y se animó.

—Podría ir a Longdon's y ver si ya tienen listas las cortinas. Y quizá otro ovillo de lana azul de mistress Wisley. Ah, y una caja de pastillas de grosella negra en la farmacia. Pase por la biblioteca y devuelva mi libro, pero no deje que le den ninguno que no esté en mi lista. Este último era demasiado malo. No pude leerlo. —Le tendió un ejemplar de *Despierta la primavera*.

—Qué pena, ¿no le ha gustado? Pensé que le encantaría. Es una historia tan bonita.

—Por cierto, si no fuera demasiado lejos para usted, quizá no le importaría llegarse hasta Halletts y ver si tienen una de esas batidoras de huevos que no son de manivela. —Sabía muy bien que no las tenían, pero Halletts era la tienda más alejada—. Si no le parece que está demasiado... —murmuró.

—De ningún modo. Encantadísima —contestó miss Knight con la mayor inocencia.

Le encantaba comprar. Para ella era un soplo vital. Se encontraba a conocidos y surgía la oportunidad de charlar un rato, podía cotillear con las vendedoras, tenía la oportunidad de curiosear los productos que ofrecían las diversas tiendas, y lo mejor de todo era que podía dedicar mucho tiempo a estas placenteras ocupaciones sin tener ningún remordimiento por la demora.

Así que miss Knight, tras echar un último vistazo a la frágil anciana que dormía tan tranquila junto a la ventana, se marchó alegremente.

Después de esperar unos cuantos minutos ante la posibilidad de que miss Knight regresara a por la bolsa de la compra, el bolso o el pañuelo (era muy olvidadiza y no le importaba volver a buscar lo que fuera), y también para recuperarse de la leve fatiga mental inducida por tener que pensar en tantos encargos inútiles, Miss Marple se levantó con energía, dejó a un lado la bolsa de labor, cruzó la habitación con aire decidido y salió al vestíbulo. Cogió la chaqueta de verano del perchero, un bastón y se cambió las zapatillas por unos recios zapatos. Luego abandonó la casa por la puerta lateral.

«Tardará como mínimo hora y media —calculó mentalmente—. Quizá más, con toda esa gente de la urbanización haciendo sus compras.» Se imaginó a miss Knight en Longdon's haciendo inútiles averiguaciones sobre las cortinas.

Su visualización fue muy certera. En ese momento, miss Knight exclamaba: «Desde luego, estaba segura de que todavía no las habrían acabado, pero, por supuesto, tenía que venir a comprobarlo porque la pobre mujer lo ha dicho muy convencida. Todas estas viejas son iguales, tienen tan poco con que entretenerse. Hay que seguirles la corriente. Ella es una anciana dulce y encantadora. Comienza a flaquear un poco, pero eso es natural, le fallan las facultades. Esta tela es muy bonita. ¿La tiene en otros colores?».

Transcurrieron otros placenteros veinte minutos. Cuando miss Knight se marchó, la jefa de las vendedoras comentó con cierta sorna: «¿Conque ya flaquea? Lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos. La vieja Miss Marple siempre ha sido más lista que un zorro, y seguro que sigue siéndolo». Dicho esto, volvió su atención a una joven vestida con unos pantalones muy ajustados y un jersey de marino que quería comprar tela de plástico con motivos de cangrejos para la cortina del baño.

«Ya lo tengo. Me recuerda a Emily Waters —se dijo Miss Marple, con la satisfacción que siempre le producía encon-

trar el equivalente de una persona en otra conocida en el pasado—. La misma cabeza de chorlito. A ver si hago memoria, ¿qué le pasó a Emily?»

Llegó a la conclusión de que nada importante. En una ocasión había estado a punto de casarse con un sacristán, pero después de varios años de noviazgo lo habían dejado correr. Se olvidó de la enfermera y prestó atención al entorno. Cruzó el jardín a buen paso observando de reojo que Laycock había podado las viejas rosas de una manera más apropiada para las híbridas, pero no permitió que esto la angustiara o la distrajera del delicioso placer de haberse podido escapar para hacer una excursión en solitario. Tenía la alegre sensación de estar viviendo una aventura. Dobló a la derecha, cruzó la verja de la vicaría, siguió por el sendero que cruzaba el jardín y salió a la derecha del camino. Donde antes había estado la entrada ahora había una puerta de vaivén de hierro que daba a un camino asfaltado. Lo siguió hasta el pequeño puente que cruzaba el arroyo. Al otro lado de la corriente, donde se abrían los prados y pastaba el ganado, se alzaba la urbanización.